

# Ejercicio profesional de la Arquitectura

José Quintela Roca.

*“Ils veulent faire de la cité une  
image visible de la société”.*

— Raymond Lopez.

La Sociedad para la Propagación de la Arquitectura en Holanda (año 1819) y la fundación del “Instituto de Arquitectos Británicos” (año 1834), configuraron definitivamente la organización profesional del Arquitecto. Los arquitectos chilenos tienen su Ley Orgánica desde el año 1942.

Por un proceso natural, la Arquitectura cumple sus objetivos prácticos bajo la forma de profesión, con las ventajas inmediatas que se desprenden y que obran en beneficio de quienes la practican, como para la sociedad que demanda sabiduría, comprensión, eficacia y gran esfuerzo intelectual de los arquitectos.

Esta forma profesional involucra la responsabilidad de crear las condiciones para alcanzar altos niveles de calidad, por intermedio de la capacidad de quienes se arrogan el monopolio de esta actividad.

Surgen de inmediato las interrogantes que corresponden a la formación profesional, con toda la rica y variada especulación que al respecto libran, la casi to-

talidad de los centros de investigación de la comunidad universitaria en todos los ámbitos.

La existencia de otros grupos profesionales estimula la competencia, determinando además la necesidad de definir con absoluta claridad el campo de acción de la profesión, como asimismo sus objetivos y responsabilidades inherentes a su cometido social.

Si este aparato funcional, parece bajo una mirada superficial, justificarse plenamente con la sola satisfacción de sus finalidades prácticas, no podemos dejar de entrever que el cometido histórico de la profesión de arquitecto se ha sustentado fundamentalmente en el carácter altamente espiritual, moral e intelectual de la Arquitectura.

Las sociedades profesionales, en su constitución, estructura legal y modalidades operacionales, obedecen a patrones internacionalmente reconocidos que representan ventajas en el intercambio de experiencia, de vital importancia en la evolución profesional.

No parece conveniente dejar de ponderar adecuadamente la valiosa urdimbre tradicional de que se revisten las acciones profesionales de los arquitectos, tan sólidamente sincronizadas en el proceso histórico y que con tanta fidelidad guardan en sentido de las viejas prácticas artesanales.

¿Cómo eludir la consideración de las formas pretéritas de nuestras acciones, reconociendo en el pasado el “único arsenal de medios para modelar nuestro porvenir”?

Oportuno resulta referirse en esta oportunidad al léxico profesional arquitectónico, valioso como testimonio de evolución histórica y porque en él se da la unidad de sentido entre la fonética y la semántica, y el acto de hablar y de pensar. En sus arcaicos fonemas han quedado atrapados la gentil rudeza de los materiales y procesos más cercanos de la naturaleza, aquélla distinta y lejana de la “belle nature”, el encanto de la palabra vulgar transfigurada, porque en ella revive su significación más antigua.

La forma actual del ejercicio de la profesión arquitectónica es tan conflictiva, como nunca ha tenido oportunidad de serlo.

Del indolente mecenazgo, de la plataforma de un rudimentario existir en la filosofía, en la estética de los tiempos precedentes que nos ha entregado tan sinceros como ingenuos esfuerzos para definir la arquitectura, dentro de un andamiaje teórico sustentado sobre la radical inseguridad de toda teoría, nos vemos abocados a un juego dialéctico tan complejo y universal como la vida misma.

Crisis axiológica que nos afecta en lo más profundo; luchas fratricidas; ignorancias fatales; y, sobre todo, una total carencia de humildad.

Si nuestra profesión hasta poco andar se entregaba a un existir destinado a lograr la asociación de la perfección con la belleza, convirtiendo la eficiencia en un principio arquitectónico, la tarea de hoy requiere otro existir, en que se erradica toda subestimación de los valores, constituyendo la unidad de la vida el propósito fundamental.

Tal planteamiento es abrumadoramente paradójico en momentos en que el hombre se entrega con pasión a la “autodeterminación”, en posesión de tal cantidad y calidad de recursos como jamás pudo soñar.

Se habla equivocadamente de crisis en la arquitectura, porque ésta se halla abocada a “repensar su cultura”; momentos en que ha hecho suyos los derroteros de la antropología filosófica y que extrae sus fluidos nutricios de la profunda identificación con el hombre y sus insondables fenómenos psíquicos.

“Los arquitectos profesionales, que por sufrir los problemas de la edificación contemporánea, tienen una profunda pasión por la arquitectura, en el sentido vivo de la palabra, carecen hoy en su mayoría, de una cultura que les dé derecho a entrar legítimamente en el debate histórico y crítico” (B. Zevi). La arquitectura actual depende en gran medida de la cultura arquitectónica, lo que implica en primer término una “revisión crítica de esta misma cultura”.

Creo también, como muchos, que no podemos eludir la consideración del brutal golpe asestado a la lenta evolución del pensamiento arquitectónico, por el predominio de la ciencia y de la técnica sobre el espíritu. Ni tampoco ignoramos el fenómeno del clamor masivo de identificación del hombre con el progreso y de sus urgentes demandas.

Pero la Arquitectura nada tiene que temer si su objetivo es el hombre; la ciencia por definición es ciencia particular; la técnica es función del variable programa humano.

“El hombre es siempre más grande que sus obras, porque nunca puede expresar completamente sus aspiraciones” (L. Kahn).

Y hemos llegado al punto en que se hace necesario manifestar esta universalidad de la Arquitectura, que suele acompañar muy de cerca al hombre en esta eterna aventura de resolverse en toda la plenitud de su humanidad, drama del dualismo entre la razón y el sentimiento.

No pretendo insinuar una teoría finalista de la Arquitectura; no nos es dado el manejo de las verdades últimas, sólo nos cabe la responsabilidad sobre nuestros actos.

¡Con qué debilidad nos enfrentamos a tan trascendental presente! Arte incomprendido éste de la Arquitectura y sin embargo tan rico en contenido, a decir de Vigny, tan huérfano de su propia literatura, acogido como hermano menor en la reflexión de filósofos, estetas y científicos. Cada gran arquitecto ha condensado sus teorías en la mudez de sus obras. Interpretación entregada a corazones extraños a nuestra esencia, a nuestros sentimientos y verdades.

No me refiero al historicismo, me refiero concretamente a la reflexión arquitectónica: no bastan las excepciones de Blondell, Perrault, Alberti, Laugier, Ledoux, etc.

Esta debilidad ha hecho de la Arquitectura, en ciertos períodos históricos, una esclava condenada al arbitrio del gusto dominante.

Pero justo es reconocer la lucha tenaz que la profesión ha librado, encabezando movimientos depuradores de alta moralidad artística; arquitectura ética que han albergado a las artes afines bajo su poderoso alero.

No estoy ajeno a que resulta cuestionable la participación de esta profesión en la vida contemporánea, en la avanzada en que sus animadores se proponen. Al menos en su constitución esencial, la arquitectura posee los recursos indispensables para recoger esta suerte de desafío.

No sería propio dudar de la capacidad, aptitud, habilidad, y preparación profesional del arquitecto para esta tarea, que si bien por el momento puede no tenerla, la tendrá en virtud de la actitud reformista de los centros de estudios de la comunidad universitaria mundial, que se aboca a la tarea de configurar la acción docente y de investigación necesaria para la consecución de estos fines. Debemos estar asistidos de esta confianza, que se justifica en la vitalidad inherente a esta vida nueva.

En el examen de los aspectos definitorios del “*metier*” del arquitecto, debemos plantearnos una vez más las interrogantes fundamentales:

“¿Es la Arquitectura un arte que puede concretar sus propios fines sólo con los medios necesarios a la explicación estética?”

“¿Puede ser suficiente para el arquitecto poseer la sensibilidad de un artista?”

Es necesario reconocer que estamos lejos de la concepción unitaria del arquitecto. Aún es posible encontrar algunos tipos de “*bohemiens*”, ilusionados en que pueden realizarse plenamente con el simple ejercicio de la sensibilidad, o bien, en el extremo opuesto, tecnócratas que no

confían más que en el poder de los cálculos.

La expresión "tékne", que para los griegos significaba arte, ciencia, saber, oficio, habilidad, profesión, debe reemplazar la significación unilateral de la expresión "técnica".

Para la Arquitectura es irrenunciable su contenido artístico; desde siempre ha sido un arte concreto; arte abstracto, mucho antes que el espíritu del hombre reafirmara su triunfo libertario por intermedio del arte abstracto.

Ha compartido este privilegio con la Música, la que ha ido aún más lejos.

Pero tras estos conceptos se abre para nuestra profesión la aventura más fascinante, con la seguridad de no caer en falacias ni frivolidades que corresponden a la especulación vana. Su condición utilitaria, la existencia material, su dependencia de las leyes que gobiernan el universo son seguro resguardo.

Aún más, favorece a la Arquitectura la tendencia actual hacia la integración de las artes, que por problema de ámbito y escala hoy más que nunca harán carne en la obra arquitectónica en una auténtica síntesis expresiva.

Significativa al respecto es la labor de creadores como Naum Cabo, Vasarely, Max Bill, etc.

Mucho se puede esperar de la investigación que radica en la obra del grupo Archigram; de Paolo Solari, André Bloc, L. Kahn.

Todo cuanto hay de artista en el arquitecto se traduce en imperiosa necesidad de crear, dentro del rico contenido plástico de la arquitectura; pero para el arquitecto está vedada la especulación pura, la posibilidad de ignorar la totali-

dad de los condicionantes de la obra arquitectónica.

El arquitecto ve con dificultad la posibilidad de identificar el proceso creador y su obra, con las concepciones estéticas que orientan las artes en su conjunto; no podría asimilarse totalmente una obra arquitectónica a la estética de Croce, Fiedler o Lukács.

El acto estético, en este caso, debe necesariamente traducirse en obra material, la que debe ejecutarse en relación a ciertas materias, ajustada a principios científicos y según determinados procesos técnicos y, finalmente, cumplir un objetivo ajeno al artista, y de carácter social.

En el arquitecto el acto estético involucra una auténtica creación y no podría traducirse como en el caso del poeta, en "revelación de una realidad ya existente en un plano trascendental y que crea en cierto modo una realidad completamente nueva" (Herbert Read).

Todo un campo de especulación se nos abre sobre la naturaleza del "acto creador" y del "acto constructivo" en Arquitectura, las que por obvias razones no abordo en lo presente.

En relación a lo expresado, son de gran utilidad aclaratoria las ideas de Herbert Read al respecto: "Es verdad que existe una relación directa entre la imagen constructiva y los conceptos de una era científica, pero la imagen es libre. La facultad productora de imágenes en el hombre es creadora, no constructiva".

"El pensamiento racional busca en el Arte, como en todas las cosas, un orden y una lógica" y en un amplio sentido la Arquitectura vive en el racionalismo, más aún en esta época, que se caracteriza por una tecnología científica.

“La adaptación funcional es un proceso colectivo sin principio ni fin” y es tarea primordial del arquitecto actual, que debe entenderlo así, explotando al máximo la tecnología y humanizándola.

La componente científica y técnica reafirma y define el campo propio de la Arquitectura y a modo de ejemplo podemos constatar “el reconocimiento de nuevos términos estéticos relativos de carácter arquitectónico, como son: la precisión, el cálculo, la impecabilidad, la simplicidad y la economía, tan expresos en la obra de arquitectos, como Arne Jacobsen.

“Cuando cada día se inventa una cosa nueva, en general no se llega a nada. No cuesta nada inventar formas interesantes, pero conducir las hasta su objetivo exige realmente mucho trabajo” (Mies van der Rohe).

“Hoy abundan los medios pero son los fines los que importa descubrir y plantear”; cada programa, cada proyecto de importancia adquiere hoy un carácter polémico.

La Arquitectura ha reservado para sí el monopolio del “espacio”, enorme responsabilidad frente al fenómeno de la “urbanización” del planeta.

La diversidad del ser humano; la enorme diversificación de sus actividades; los prodigiosos recursos de que se dispone; el establecimiento de las ciencias del hombre; el despertar de una conciencia colectiva y el perfeccionamiento de los mecanismos de la introspección, plantea un reto que la arquitectura ha recogido valerosamente en el seno de sus colectividades profesionales.

Todas ellas tienen conciencia de la tarea y libran una existencia dramática, enfrentadas a sus problemas internos, que son los problemas del arquitecto.

Conscientemente evité trasponer el umbral que nos revela esta intimidad que es tan cara a mis sentimientos, de difícil traducción al medio social.

Están cayendo las barreras entre los organismos profesionales y los universitarios; la formación y la praxis marcharán de consuno, preparando los nuevos cuadros profesionales que las naciones necesitan según sea su desarrollo.

Los arquitectos han abandonado el pedestal de su pasada gloria y entran de lleno a reconocer que no podrán por sí solos dar las soluciones que requieren los programas de planificación en todos sus niveles y las soluciones que esperan nuestras ciudades que deberán ser renovadas, remodeladas o extendidas.

Hay conciencia en los centros profesionales de la urgencia de colaborar a la creación de los nuevos “cuadros de vida”, deponiendo las viejas querellas que reclaman paternidades o demandan privilegios.

Las exigencias de Vitruvio han cobrado actualidad en relación a la preparación que se exigirá en el futuro a los arquitectos, en plano cultural.

La Torre Cibernética de Schoffer en Lieja; la obra de Vasarely; la arquitectura de Louis Kahn, entre muchos creadores de esta talla, nos permiten abrigar confianza y despejar la amenaza de la máquina.

No veo en qué medida las computadoras pueden reemplazar al espíritu, al intelecto y al exquisito mundo de la sensación.

Es evidente que las formas de ejercicio de la profesión de arquitecto evolucionarán hasta un grado no previsible, pero sí hay conciencia de que el sistema estanco será reemplazado por la relación

interdisciplinaria; que la problemática a resolver cambiará profundamente; que se acrecentará la especialización; que los especialistas se formarán “en número y capacidad suficiente para enfrentar y resolver los problemas de la vida urbana moderna”.

Todas las formas actuales de servicio profesional a la comunidad se modificarán profundamente. La imagen “del clien-

te”; el estudio privado; los útiles artesanales de dibujo pasarán a formar parte de los gratos y cálidos recuerdos, para ser reemplazado por formas más productivas y eficaces.

En su propia y particular aventura espiritual, el arquitecto vivirá estos procesos, realizando para la arquitectura, el brillante porvenir que Michel Ragon tan certeramente ha señalado.